

riores, había salas públicas agregadas exteriormente al convento, que eran cómodamente accesibles á la juventud. Los escolares iban á ellas en las horas de clase, como lo hacen hoy en nuestras Facultades.

En Salamanca se dispensaba pues ámpliamente la instruccion en todos sus grados. Estos numerosos establecimientos de educacion funcionaban bajo la única direccion de un consejo llamado la Universidad, presidido con autoridad suprema por un rector nombrado por eleccion, el día de la fiesta de San Martín. Este elevado funcionario tenía á sus órdenes más de cuarenta secretarios, administradores, oficiales, maceros y bedeles; y bajo su inspeccion setenta y tres cátedras cuya existencia aseguraba un crecido sueldo ó renta (1). En los registros de la floreciente Universidad se matriculaban más de ocho mil estudiantes.

La Universidad dominaba en Salamanca por sus riquezas, celebridad é influencias. La Universidad tenía su administracion, su gobierno personal, su cancillería, propiedades, notariado, jueces, médicos, músicos, predicador, iglesia especial dedicada á San Jerónimo; hospital, bajo la advocacion de San Juan Bautista, fundado exclusivamente para los estudiantes pobres; vasta biblioteca abierta cada día por espacio de cuatro horas para los catedráticos y escolares.

El colegio de los estudios superiores que dirigian los Dominicos en su convento de San Estéban, sobresalía entónces entre todos los demás establecimientos de instruccion por su real superioridad y su nombradía. La junta científica se reunió en el recinto de aquel convento.

Sería imposible dudar del eco que obtuvo la celebracion de semejante congreso en Salamanca. En primer lugar, era un hecho nuevo, sin precedente; despues la extrañeza de la materia que debía discutirse excitaba la curiosidad de los talentos profundos. Además, el vice-presidente de la junta, el doctor en derecho Rodrigo Maldonado, reputado geógrafo, no se sabe porqué, hombre grave sin pedantería y de una afabilidad extremada, había nacido en Salamanca y recibido su instruccion y sus grados en su Universidad. Su familia y amigos se interesaban personalmente en las discusiones que iban á inaugurarse. Eran tambien naturales de Salamanca el jóven Gaspar de Gricio, secretario del rey, y otros empleados de la Corte.

Una circunstancia particular y casi cómica vino á aumentar la curiosidad que excitaba aquel acontecimiento: la cofradía de los barberos de Salamanca tenía su bandera, su asiento y su capilla en el convento de San Estéban (2). Así pues llevados

(1) «Tiene esta universidad para su mayor servicio y grandeza, mas de quarenta oficiales, administrador, síndicos, secretarios, bedeles, maestro de ceremonias y otros.» — Gil González de Ávila, *Historia de Salamanca*, lib. II, cap. xvii, pág. 188.

(2) «San Estevan, monasterio de Dominicanos, en él tienen cofradía los barberos.» — *Memoria de las iglesias, monasterios, hospitales, hermitas y cofradías de oficios.* — Gil González de Ávila, *Diácono y racionero en la santa Iglesia de Salamanca.*

de su vanidosa locuacidad, todos los barberos de la Universidad se jactaban de participar de la honra dispensada al convento de los Dominicos. Júzguese si era posible ignorar en Salamanca la celebracion del sabio Congreso. Los arrieros y amas de leche sabian por lo ménos que un extranjero aspiraba á probar que la tierra es redonda como una naranja, y que hay países donde los hombres caminan cabeza abajo; además, que navegando continuamente en línea recta hácia el Oeste se volvería por el Oriente. El público se asombraba quizás de que se tratara tan formalmente semejante bufonada.

Compúsose la junta de los profesores de Astronomía y Cosmografía que desempeñaban en propiedad las primeras cátedras de aquella Universidad, y de los principales geógrafos ó geómetras que habían estudiado antiguamente las Matemáticas bajo la direccion del catedrático Apolonius, y la Física bajo la del doctor Pascual de Aranda, los dos únicos catedráticos eminentes en el ramo de las ciencias que había hasta entónces dado Salamanca. Ni el padre Juan Pérez de Marchena, ni el jóven piloto Juan de la Cosa, formaron parte de aquella reunion. Desgraciadamente no pudo convocarse al español sin disputa más competente en materia de Cosmografía, el sabio lapidario de Búrgos, Jaime Ferrer, á quien el Gran Cardenal distinguía con su amistad. Es probable que se hallara entónces en el Cairo ó en Damasco para su comercio de pedrerías.

La reina que muchas veces con la mira de estimular los estudios, había asistido á las tesis para la licenciatura y el doctorado, no quiso aquella vez influir con su presencia en las discusiones, interrumpir en algo la controversia, ni exponerse á tomar alguna parte en ella; por lo que se privó del placer de contemplar aquella lucha del genio contra la erudicion. Por otra parte, hallábase entónces realmente muy ocupada, porque había hecho trasladar á su palacio la escribanía de Valladolid, á fin de estudiar los legajos, y ver la manera cómo se había hecho justicia, segun los documentos y considerandos de las sentencias (1). Pero entre las personas á quienes se dispensó el favor de ser admitidas á presenciar la discusion, figuraban: la purista doña Lucía de Medrano, acostumbrada á explicar en público los clásicos; la célebre doña Beatriz Galindez, apellidada «la Latina», hija de Salamanca; y de quien había aprendido la reina la lengua de Virgilio; la armoniosa Florencia Pinar, amada por sus poesías; y Francisca de Lebrija, sabia hija del sabio catedrático, la misma que un día debía reemplazar á su padre en la Universidad de Alcalá.

Entre las notabilidades que siguieron constantemente aquellas discusiones, pudieron notarse: el Nuncio apostólico, Monseñor Bartolomé Scandiano, y más á

(1) Garibay, *Compendio historial de las crónicas*, etc., tom. I, lib. XVIII, cap. xxxi.

menudo su sobrino Pablo Olivieri, secretario de la nunciatura, propagador del buen gusto; el ex-Nuncio, Monseñor Antonio Geraldini y su hermano, el ingenioso Alejandro; el dean de Compostela, Diego Muro, secretario del primer ministro; el ilustre profesor Gutierrez de Toledo, primo del rey; el siciliano Antonio Blaniardo; más conocido bajo el nombre romano de Flaminius, y su compatriota Lucio Marineo; Villa Scandino, primer profesor de derecho eclesiástico; Pedro Pontea, profesor suplente de derecho civil, conocido del padre Guardian de la Rábida; el matemático Juan Scriba, que dejó el compas por una embajada; el doctor Gaspar Torrella de Valencia, llamado más adelante como médico cerca de dos Papas, y quien, despues de haber aliviado los cuerpos, queriendo curar las almas, murió obispo de Santa Justa; el portugues Arias, profesor de Literatura griega, alejado á menudo de su cátedra por su quebrantada salud. El primer profesor de Teología del colegio de San Estéban, fray Diego de Deza, igualmente célebre por su piedad y por su saber, preceptor del principe real, gozaba de gran popularidad en aquella Universidad, cuya gloria constituía en aquel entónces despues de haber sido su alumno. En torno suyo se agrupaba lo más florido de la escuela.

Es forzoso confesarlo: en aquel congreso era tan imponente el auditorio como los jueces; pues tenia tanto saber, pero más independencian. Bien sabido es cuán desfavorable era el presidente de la comision al proyecto de Colon; y su asesor, Rodrigo Maldonado, participaba de sus prevenciones. Sabido el modo como ocurren las cosas en el seno de las comisiones, no puede dudarse que ántes de la primera sesion, impresionada la junta por la opinion conocida ya del presidente, estuvo ya prevenida contra la cuestion que debia juzgar, y contra el hombre que iba á defenderla.

Todos le consideraban en primer lugar como un orgulloso, que pretendía descubrir una cosa en la que no habia pensado ningun cosmógrafo, de donde inferian que en su fuero interno se suponía él superior á todos sus antecesores. Por otra parte, era extranjero; circunstancia que aumentaba las antipatias y no era el menor de los inconvenientes.

El dia señalado compareció Colon delante de sus jueces con tranquilidad de alma, á pesar de adivinar la infinita distancia que les separaba de sus ideas.

Creian unos firmemente que la tierra era el cuerpo más vasto de la creacion visible, el centro fijo del universo. Por consiguiente encontraban muy natural que el sol diera vueltas á su rededor. Por su mole aventajaba la tierra á todos los demas astros, ella sola era el objeto de sus diversos movimientos. Opinaban otros que la tierra formaba un plano circular, ó un cuadrilátero inmenso, limitado por una inconmensurable mole de agua. Admitiendo estos la forma cuadrangular ó circular, pero siempre plana de la tierra, limitaban la extension de los mares al



secretario de la nunciatura, propagador del
 Monseñor Antonio Geraldini y su hermano, el ingenioso
 Compostela, Diego Muro, secretario del primer ministro; el
 primer ministro, el conde de Alcañices, primo del rey; el siciliano Antonio Blaniardo;
 el nombre romano de Flaminius, y su compatriota Lucio
 primer profesor de derecho eclesiástico; Pedro Pontea,
 profesor de derecho civil, conocido del padre Guardian de la Rabida; el
 que dejó el compas por una embajada; el doctor Gaspar
 Valencia, llamado más adelante como médico cerca de dos Papas, y
 después de haber aliviado los cuerpos, queriendo curar las almas, murió obispo
 de Santa Justa; el portugués Aguiar, profesor de Literatura griega, alejado a menudo
 de su cátedra por su quebrantada salud. El primer profesor de Teología del colegio de
 San Esteban, fray Diego de Lanza, igualmente célebre por su piedad y por su saber,
 preceptor del príncipe, gozaba de gran popularidad en aquella Universidad,
 cuya gloria se atribuyó en aquel entonces después de haber sido su alumno. En
 torno suyo congregaba los más baridos de la escuela.

El forzoso confesario, en aquel congreso era tan imponente el auditorio como
 los muros, pues tenía tanta saber, pero más independencia. Bien sabido es cuán
 despreciable era el presidente de la comisión al proyecto de Colón; y su asesor,
 Maldonado, participaba de sus prevenciones. Sabido el modo como ocur-
 rieron las cosas en el seno de las comisiones, no puedo detenerme que antes de la
 primera sesión, impresionada la junta por la opinión del presidente,
 estuvo ya prevenida contra la cuestión que debía juzgar, y contra el nombre que
 iba a defenderla.

Todo se resumía en primer lugar como un orgulloso, que pretendía des-
 cubrir una cosa que no había pensado ningún cosmógrafo, de donde inferían
 que en su grado inferior se suponía él superior a todos sus antecesores. Por otra
 parte, una crítica, que aumentaba las antipatías y no era el menor
 de los inconvenientes.

El que se estaba comparando estaba delante de sus jueces con tranquilidad
 de almas, a pesar de la gran distancia que les separaba de sus
 ideas.

Creían que el mundo era más vasto de la creación
 visible, el cielo era más alto, que se abrían muy natural, que
 el sol diere vuelta a la tierra, que se abría la tierra a todos los
 demás puntos del universo. Opinaban otros
 que la tierra era limitada por un océano inmenso, limitado por
 una rotundidad que daba a la tierra la forma cuadrangular ó
 circular, pero que se abría a la extensión de los mares al



COLOM ANTE LA JUNTA DE SALAMANCA.

séptimo de la parte sólida de este mundo. Aquellos, sin forjarse claramente un sistema, tenían por un sueño toda idea contraria á los autores antiguos.

Varios se inclinaban á ver en la teoria de aquel extranjero una peligrosa innovacion, que ocultaba quizas alguna herejía.

Presentóse Colon á aquella reunion débil y casi desarmado, por su resolucion de no pasar en aquella controversia de ciertas generalidades, ni entregar á la indiscrecion pública la intima fuente de sus convicciones. La perfidia de Portugal tenia aún en vigilancia su prudencia, hasta en la leal Corte de Isabel. Lo que iba á dejar sentado en datos cosmográficos no era pues la razon decisiva de su sistema y su demostracion concluyente. Presentaba solamente sus argumentos secundarios como sus razones principales.

No obstante esta complicacion de dificultades, expuso Colon con seguridad los razonamientos fundamentales que parecian la base de su proyecto. Como se apoyaba especialmente en las ciencias, no pudo la Junta seguir de léjos su argumentacion. Sólo los religiosos Dominicos de San Estéban le escucharon con atencion y favor (1).

Algunos miembros de la junta objetaron contra sus deducciones pasajes de la Sagrada Escritura que aplicaban muy mal, y fragmentos truncados de algunos autores eclesiásticos contrarios á su sistema. Hubo catedráticos que asentaron por activa y por pasiva que la tierra es plana como un tapete, y no podria ser redonda, porque el Salmista dice: «Extendiendo el cielo como una piel,» *extendens cœlum sicut pellem*; lo que fuera imposible si fuese esférica. Se le oponian las palabras de San Pablo, comparando los cielos á un pabellon desplegado encima de la tierra, lo que excluye, decian, la rotundidad de este mundo. Otros ménos rígidos, ó más versados en la Cosmografia, sostenian que admitiendo la redondez de la tierra, era quimérico el proyecto de ir á buscar regiones habitadas en el hemisferio austral, pues que la otra mitad del mundo quedaba ocupada por EL MAR TENEBROSO, aquel abismo formidable y sin límites; y si, por ventura, un barco lanzado en dicha direccion llegara á tocar en las Indias, jamas se podrian tener noticias suyas, porque aquella no s esta redondez de la tierra formaria un obstáculo insuperable para su vuelta, po. favorables que se supusieran los vientos (2).

Cuando él replicaba con razones sacadas de la experiencia y de la náutica, se le contestaba alegando la autoridad de Lactancio y de San Agustin que condenaban la absurda opinion de los que creen en los antipodas; y se corroboraban los autores

(1) «Y en solos los frayles de San Estéban halló atencion y acojida.» — Fray Antonio de Remesal, Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala, lib. II, cap. VII.

(2) Fernando Colon, *Historia del Almirante*, cap. XI.